

TE QUIERO ABUELO

Cuando no distingues qué o a quién tienes delante, ¡cuántas cosas descubres! ¡cuántas cosas valoras!. Te lo digo yo, que tanto a las 10 de la mañana como a las 3 de la tarde, las sombras se adelantan al día. La consciencia de mi inmovilidad me adentra en ella, descubro un mundo que me entretiene durante el día y la noche. Mis ojos, mis párpados y mis cejas hablan por mi, le gritan a mi alrededor que sigo vivo, que todavía mi corazón late y que mi cerebro sigue funcionando.

Fuera de esa habitación, mi hogar desde hace ya unos años, hay vida. El olor de los bizcochos que ahora hace mi hija, me recuerdan a mi mujer. Oigo de pasada los gritos de mi nieto correteando por casa mientras juega al pilla pilla con su padre, recuerdo la primera vez que mis hijas pronunciaron la palabra papá. Pero cada día, voy dejando más de lado cada uno de mis cinco sentidos, mi voz se apaga, mi cuerpo construye una telaraña en mis ojos que me impide ver con claridad, mis brazos y mis piernas son cuatro estatuas mal esculpidas, y doy gracias por conservar el oído.

Es Lunes, entra Paloma en casa pronunciando dulcemente - Buenos días José, ¿cómo anda mi paciente favorito?. Llega tan guapa como siempre, tan sonriente y con tantas ganas de comerse el mundo. Le intento responder, lo intento varias veces, pero no soy capaz. Se pone su bata blanca con el logo del servicio aragonés de salud y comienza a trabajar. Siempre sigue los mismos pasos, hace una montaña con dos almohadas, me levanta la cabeza y me la apoya para que tenga otra perspectiva desde mi cama de Ikea de 135 cm, me cambia los calcetines, me gira, y mientras, va cantando canciones de Pablo Alborán.

De pronto, llega su antipático ayudante que me pasa a la silla de ruedas. Mi intuición me dice que me lleva a la ducha. Luego me seca cuidadosamente con una toalla para no sacarme los cables que me mantienen todavía con vida. Vuelvo a ese desagradable coche negro descapotable que va sin motor y acabo de nuevo en mi habitación, en mi cama, en la misma posición.

Paloma sigue sin parar, me masajea con una crema que saca de uno de los cajones del baño, me viste como si fuera un nenuco, esos con los que jugaba mi hija cuando era pequeña, me pasa la afeitadora despacio y con cuidado. Luego va en busca de un peine, me peina y me rocía con una colonia de aroma a vainilla que impregna la habitación. Comprueba que todo está bien, cada cosa en su lugar, me besa la frente y se marcha diciendo - Un besito José, nos vemos mañana.

Entonces, oigo a mis vecinas contarse sus problemas desde la ventana, oigo el motor de los coches que pasan a 50 km/h por la calle sin ser conscientes de lo que puede pasar yendo a esa velocidad, a los niños que van tocando timbres divirtiéndose... Me río en mis adentros, al fin y al cabo, oigo la vida real.

Pasan los minutos, la cerradura gira. Aparece mi familia.

- ¡Buenos días papá!, dicen mis dos hijas al unísono.

- ¡Qué pasa suegro!, dicen mis dos yernos

- ¡Hola yayo!, dice mi nieto pequeño.

Se pasean por la casa, me abrazan, se sientan en los pies de la cama y charlan entre ellos.

Encienden la radio, van pasando las cadenas hasta que encuentran Cadena Dial, se despiden, le dan una vuelta a la llave y se marchan.

Por fin, llega mi otro nieto, me mira los ojos, me coge la mano, y me pregunta:

- ¿Estás seguro de hacerlo?

Cierro los ojos en señal afirmativa. Sólo él me entiende.

Empieza a llorar y me dice:

- No quiero perderte, no quiero abuelo.

Cierro los ojos, se me cae una lágrima que él seca con una servilleta. Se acerca, alcanza su maletín, saca un frasco y una jeringuilla. Introduce mi felicidad en una de las vías. Me acaricia. Está temblando.

- Te quiero abuelo - me repite cinco veces.

Creo que nunca pensó, que cuando decidió estudiar medicina, ayudaría a acabar con la vida de su abuelo.

Cierra su maletín marrón, me dice adiós desde la puerta y consigo decirle te quiero después de tantos años sin usar mis cuerdas vocales, pero no me escucha.

Cierro de nuevo los ojos, apenas oigo la puerta cerrarse y tan solo pasan 3 segundos cuando que ya no oigo, ni veo, ni recuerdo nada.

Me olvido del olor del bizcocho, mi memoria borra las risas de mis nietos, no recuerdo la voz de mis hijas, ya no oigo a las vecinas, no pasa ningún coche. Ya no conservo la vida.

Pero, ¿fuiste feliz? - me pregunta mi subconsciente.

Sí, fui feliz, hasta que la enfermedad de las mil caras entró en mi vida.